

SUPLEMENTO:
DESOBEDIENCIA CIVIL Y ACCIÓN NO VIOLENTA

En el suplemento de este mes vamos a hablar de la desobediencia civil y la acción no violenta como estrategias políticas y filosóficas. Analizaremos pros y contras de estas prácticas humanitarias y donde podréis encontrar artículos a favor de éstas y en contra de dichas estrategias.

La desobediencia civil y la acción no violenta.

¿Por qué se sostienen las situaciones de injusticia?, ¿es sólo por el enorme poder del opresor?, o ¿tienen algo que ver la colaboración y la pasividad de amplios sectores sociales que se benefician de esas situaciones o no la ven “tan malas”? Los movimientos que han propuesto y desarrollado acciones de desobediencia con cierto impacto social han partido de ese análisis: la “no cooperación con el mal”, poniendo en marcha huelgas laborales, boicots, desplantes, desarrollo de estructuras o instituciones paralelas, etc, o practicando directamente la desobediencia civil a leyes injustas.

Un ejemplo histórico más o menos reciente en nuestro contexto fue el del movimiento de objeción de conciencia e insumisión, que implicó a miles de jóvenes del Estado español en contra del servicio militar obligatorio. Varones jóvenes que eran reclutados para la “mili” o la prestación social sustitutoria desobedecían la ley, aún a riesgo de entrar en prisión o sufrir otras penas considerables. El movimiento de Insumisión a fines de la década de los 90 del siglo XX puso en jaque todo el sistema de leva obligatoria en España, pero no sólo eso: buena parte de las políticas militaristas gubernamentales sufrieron un serio cuestionamiento que implicó a amplias capas de la sociedad española. Casi 30 años después, queda muy poco de esto, y mucha gente está tragando pasivamente las “misiones humanitarias” del Ejército, la participación en la guerra de Ucrania, el aumento del gasto militar o la participación en la OTAN.

Yo fui testigo y partícipe del ese movimiento que he citado arriba, y doy fe de que el “Ejército español” estaba francamente tocado hacia 1999, que pocos jóvenes se animaban a “servir” ni a arrimarse a lo militar en aquella época y vi cómo se cerraban muchas oficinas municipales de reclutamiento.

El repertorio de la resistencia no violenta es esencial a la mayoría de los movimientos sociales, y su eficacia se ha probado en numerosas ocasiones, aunque es cierto que no es una opción infalible, pero sí mucho más ética que la lucha armada: rechazar la acción violenta en el camino de tu liberación demuestra que, pese a la oposición de intereses, la vida del adversario merece ser respetada. La terrible experiencia de la devastación que provocan las guerras ha sido un aprendizaje histórico fundamental que ha animado a muchos grupos a emprender caminos de lucha no armada y alternativa para conseguir derechos.

Los defensores de la lucha armada a menudo repiten patrones de sus oponentes, cayendo en los mismos errores: la retórica del heroísmo belicista, la minusvaloración de la vida humana, la despersonalización del enemigo (“son cerdos, no personas”), la jerarquización y la disciplina; y en definitiva, la de meter en una espiral de violencia a mucha gente que no quería estar ahí. A menudo también, esos ejércitos populares, guerrillas o grupos armados cierran el círculo de la participación, excluyendo de su movimiento a cojos, tuertos, niños y “torpes para manejar un fusil”. Por contra, la lucha no violenta es ampliamente participativa e integradora, y hasta mi abuela con 85 años participó del movimiento de Insumisión, fíjate tú.

Por otro lado, ¿es la no violencia una estrategia válida en un contexto de lucha de clases?. Pues claro que sí: las clases populares la han usado históricamente, siendo la huelga obrera el mayor ejemplo. Los derechos laborales se han conseguido precisamente así, pongamos el caso de la famosa Huelga de “La Canadiense”, que paralizó el 70% de la industria catalana y que arrancó la conquista de las 8 horas de jornada laboral.

Prácticas como la huelga de inquilinos o la resistencia no violenta a los desahucios también han tenido una especial importancia en el despliegue de las organizaciones populares, en muchas ocasiones siendo encabezadas por mujeres. En Jerez, hacia 1930, eran famosos los plantones de la cenetista María Luisa Cobos para evitar desahucios de familias obreras que no podían pagar el alquiler. Recomiendo ver otro ejemplo de un espacio geográfico y cultural muy distinto: el que narra la película colombiana “La estrategia del caracol”, del director Sergio Cabrera.

Y muchas veces, a los pobres no les queda otra que la resistencia no violenta: las armas son caras, y tu oponente (Ejército, Guardia Civil, etc.) siempre va a tener más y mejores. La destreza en el manejo del armamento, la estrategia y la táctica, la fuerza... están indudablemente en cantidades muy superiores del lado del adversario, con cuerpo profesionales y bien dotados; pero la solidaridad de clase y los “hábitus” de las culturas populares son nuestros, y es ahí donde hay esperanza de ganarles. En la Huelga de “los Caracoles” del Jerez de Septiembre de 1934 la patronal intentó matar de hambre a los trabajadores que paralizaron la ciudad en solidaridad con los huelguistas de la Vid, pero lo que no esperaban es que éstos, organizados en cuadrillas, se fueran todas las mañanas a coger caracoles (y lo que hubiera en el campo) para que comieran sus familias durante más de un mes. La economía de subsistencia, a la que estaban tan acostumbrados los pobres por las repetidas hambrunas que habían vivido, les permitió resistir y vencer; además de la solidaridad obrera, pues la huelga se extendió a otras localidades como Cádiz y Sanlúcar.

Por último, una recomendación de un libro bonito y didáctico para niñ@s sobre el asunto:

“People Power. Protestas que han cambiado el mundo”, de la editorial Zahorí Books. Un libro sobre cómo gente común se organizó para frenar talas de árboles, conseguir derechos para minorías raciales o detener invasiones de poderosos ejércitos. Yo se lo estoy leyendo a mis hijos, son cosas que merecen la pena conocerse y transmitirse.

Paco Cuevas Noa

“Ni guerra entre los pueblos, ni paz entre las clases”

Todos los derechos conseguidos por la clase trabajadora se han conquistado a través de acciones no precisamente “no violentas”.

La no-violencia-activa o pacifismo ha demostrado ser inefectiva e idealista en el sentido filosófico profundo del término: el idealismo considera que lo real es racional (Hegel) y que por tanto sólo hay que esperar el tiempo suficiente para que se manifieste la “Justicia” en el mundo. Frente a esta concepción que siempre defiende el status quo y los privilegios de la clase dominante, está la opción materialista. El materialismo viene a decir que la realidad debe ser transformada para impregnarla de

nuestra racionalidad. Dicha racionalidad no puede ser sino “justa”, además de verdadera y bella:

"Los filósofos, hasta el momento, no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, ahora de lo que se trata es de transformarlo" (Tesis 11 sobre Feuerbach, Marx).

Exploremos la posible fundamentación ética de la acción directa violenta. La reflexión ética contemporánea oscila entre un individualismo ético que pone el centro en la persona y las éticas discursivas que hunden sus raíces en el imperativo categórico de Kant (“Obra sólo según aquella máxima por la cual puedas querer que al mismo tiempo se convierta en ley universal”). Las éticas discursivas al estilo de Habermas entienden que la norma universal debe ser fruto de un consenso; pero ese consenso sólo es posible en una situación de comunicación ideal sin coacciones a las partes y sin la violencia estructural propia de nuestras sociedades clasistas. Aquí observamos un resquicio racional de fundamentación de la lucha en el marco de las éticas discursivas.

Si consideramos el otro marco, el del individualismo ético, es de interés la propuesta del pensador Javier Muguerza y su “imperativo de la disidencia”. Establece la primacía del disenso frente al consenso, la pertinencia ética del desacuerdo. Y es que una teoría del contrato social no funciona si viola sistemáticamente los derechos individuales. Lo sucedido recientemente en la valla de Melilla lo ejemplifica a la perfección: es justo asaltar cualquier frontera y no se puede sostener racionalmente la represión policial.

El imperativo de la disidencia puede ayudarnos a justificar un cosmopolitismo no neoliberal sino de clase que luche con todos los medios frente a los “consensos” que mantiene en pie al sistema vigente clasista, racista, patriarcal y ecocida.

En el contexto de la Bahía de Cádiz, la reconversión industrial es fruto de la reestructuración del gran capital en su fase neoliberal. La resistencia activa de la clase trabajadora ha impedido que la situación sea todavía más opresiva. La copla popular refleja la lucha no precisamente “no-violenta” de la clase trabajadora:

“Lanzaban petardos

Qué cachondos eran

Y las gaditanas para responder

Lanzaban claveles desde las ventanas

Pero con macetas para que fueran con rapidez”.

(Coro “La Guillotina”, 1978)

Hace referencia a la intervención de los cuerpos represores del Estado en la huelga de Astilleros de octubre de 1977.

En situaciones donde la hegemonía cultural la tiene el sistema, no es posible una respuesta masiva y organizada de la clase trabajadora. En esos contextos, está justificada la aparición de grupos de resistencia antifascista que funcionan como una vanguardia cultural que visibiliza la necesidad de transformación del orden injusto establecido.

Si la bota del Capital tiene a la clase trabajadora pisoteada en el suelo está plenamente justificado el alzarse vehementemente para revertir la situación. Siempre

es “en defensa propia” y cualquier otra postura que plantee que por cansancio en algún momento el capitalista retirará la bota, no es sino colaboracionismo al estilo neoliberal o socialdemócrata.

Salú y Alegría!!

Luiti de [K@di](#)

La Acción civil no-violenta vs la lucha armada

En este artículo se va defender el paradigma de la estrategia de lucha no-violenta frente a la lucha armada como herramienta para la transformación social de la realidad. Para empezar hay que especificar que (la persona que escribe este artículo) cree en la autodefensa ante situaciones de violación o maltrato. Por otra parte, tendría otro discurso si estuviéramos en el 36, me interesa más de esta época, las colectivizaciones de las tierras y el proceso revolucionario de funcionamiento cooperativo que la lucha armada contra los fascistas. También hay que diferenciar entre violencia hacia objetos materiales y violencia hacia seres vivos. Por ello, en el contexto actual me parece más inteligente la no-violencia porque considero que es más estratégica e integradora que la lucha armada.

Para entender ambas propuestas, la Acción civil no-violenta y la lucha armada, explicaré cada una, profundizando más en la acción civil no-violenta. Empiezo por ésta, definida como un proceso de lucha de la sociedad civil con medios no armados a través de la movilización, la desobediencia civil, propugnando un cambio político, social y cultural sin empleo de la violencia. Es decir, un método de lucha donde el fin y los medios son el mismo objetivo.

Por otro lado, la lucha armada la entendemos como el empleo organizado de fuerzas armadas en un conjunto de operaciones militares de diversa magnitud para lograr objetivos políticos. La lucha armada se vincula con la acción militar en los procesos revolucionarios, está muy relacionada con la “guerra de guerrillas” la cual es una táctica militar en conflictos armados que consiste en hostigar al enemigo en el propio terreno. Es un tipo de guerra que lo subordina todo al desgaste. El paradigma estratégico y moral está ligado a la lógica de “el fin justifica los medios”, es decir, si para conseguir una victoria hay que matar o aniquilar al enemigo o elementos neutrales, se realiza. La no-violencia sin embargo, tiene que ver más con el empoderamiento de las personas, por lo que es más horizontal, ya que, no se fundamenta en un ejército o vanguardia que lidere una acción social. La acepción de un ejército organizado implica la interiorización de una jerarquía y de la disciplina militar en la mayoría de los casos, aunque existen algunas experiencias armadas más horizontales tales como: Movimiento Ibérico de Liberación, Angry brigade o la Autonomía italiana.

La base filosófica de la no-violencia se plantea qué tipos de medios se quieren usar para cambiar elementos sustantivos de una sociedad que interpretamos injusta, en el trasfondo de si el fin justifica los medios o no. Mahatma Gandhi decía que “El fin está en los medios como el árbol en la semilla. Es decir: si queremos una sociedad justa y en paz, debemos emplear unos medios que, en sí mismos, lleven ya el fin que queremos alcanzar”. Este concepto concibe que los seres humanos no son medios sino fines en sí mismos, no pueden ser simple mercancía. Esta idea choca radicalmente con la idea de “una revolución se hace derramando sangre”. Las ideologías dominantes tienden a legitimar la violencia afirmando que el fin justifica los

medios, dado que un fin justo legitima el uso de medios injustos. Lo cual cae en una contradicción intrínsecamente perversa: es la relevancia concedida al fin la que conduce a considerar cómo de valiosa es la elección de los medios. El planteamiento de acción no-violenta plantea que sólo somos dueños de un fin a través de la mediación (intervención, decisión, utilización) de los medios, dado que el fin se refiere a lo que vendrá, mientras que los medios se refieren al aquí y ahora, al presente.

La lucha armada relaciona el poder de transformación con las armas y la violencia. No obstante, el paradigma de la no-violencia entiende el poder como la capacidad para hacer o producir efectos en las omisiones o acciones que realizamos. El movimiento no-violento intenta usar su potencial intentando no sufrir daño ni causarlo, buscando ser una fuerza más coherente y subversiva que los fusiles.

En lo referente a “estrategias” la acción no-violenta no sólo está en la combinación de métodos de lucha, protesta o coerción no-violenta, como por ejemplo las huelgas, desobediencia civil, situacionismo, boicots, guerrilla de la comunicación, protesta o huelgas de hambre; sino en la capacidad de generar un poder social que aspire, legítimamente, a convertirse en un poder político. Es un proceso socio-político donde se reflexiona sobre la capacidad humana para la transformación, tratando de reducir al máximo de lo posible la violencia y el sufrimiento. La acción no-violenta no sólo es negarse a colaborar o desobedecer, sino que también es proponer alternativas constructivas a una situación que se considera insostenible e injusta. Se parte de la deducción de que “construir es más difícil que destruir”, ya que una propuesta constructiva requiere un alto nivel de compromiso y concienciación individual y colectiva, yendo de lo más simple a lo más complejo, para ofrecer una opción resolutive. Por ello, el movimiento de acción no-violento debe de ir precedido por una campaña de información orientada a la vez hacia la mayoría silenciosa y hacia las fuerzas de represión, además de la creación de instituciones autónomas y paralelas: escuelas, circuitos de producción y consumo, centros sanitarios, ateneos culturales, ect...

El paradigma de la lucha armada se justifica en la efectividad inmediata de la violencia para conseguir un objetivo y la aceleración de los procesos revolucionarios. Si bien una metodología armada necesita de instrumentos de guerra (armas, tanques, etc.) y de un ejército verticalmente organizado para ponerse en práctica, en el proceso no-violento sólo se necesita de personas e ingenio, ya que para poner en práctica la desobediencia civil o la no cooperación no se requiere de grandes recursos técnicos o materiales sino más bien de un compromiso fuerte y una voluntad firme. Además de ser aplicable al terreno político, también se puede emplear al ámbito de lo más cercano (las relaciones interpersonales, el trabajo, la familia, etc.). Por lo que podemos concluir que la propuesta no-violenta es más practicable por su flexibilidad de uso.

La acción no-violenta pone sobre la mesa como principio de actuación la capacidad de pensar y actuar de manera alternativa y creativa por el poder intrínseco que conlleva. Esta propuesta parte de la idea de que las estructuras de poder tienen más recursos (ejércitos, armamento, medios de comunicación, etc...) a la hora de tener un conflicto armado. Además de que si se decide la vía de la violencia, todo movimiento relacionado va a ser tildado de “terrorista” o criminalizado, por lo que el Estado correspondiente empleará todos los medios a su alcance para reprimir y legitimar la represión de cara a la sociedad.

Los movimientos no-violentos han sido efectivos en una amplia gama de contextos – desde los más represivos a las sociedades más abiertas – por lo que el cambio depende principalmente en la fuerza del movimiento. La lucha no-violenta permite a la

población participar activamente en la acción debido a que los niveles necesarios de riesgo, habilidades, etc... son mucho menores que en los violentos, llegando a conseguir la capacidad de convertirse en masivos. Cualquier persona puede sumarse a una acción no-violenta, por ello es más participativo. Podría mencionar algunos ejemplos que han conseguido su cometido de acción no-violenta tales como la resistencia a la invasión nazi en Dinamarca en 1940. O las Comunidades de población en resistencia, CPRs, las cuales fueron unas comunidades desarraigadas por la Guerra civil de Guatemala que se recluyeron en la Sierra de Quiché y en las selvas del Ixcán desde principios de 1980 y reaparecieron a la luz pública en 1991. Y también la conocida “marcha de la sal” liderada por Mahatma Gandhi que se convirtió en uno de los más importantes acontecimientos que condujeron a la independencia de la India del Imperio británico.

Roberto Ferrer

El mito de la huelga general y el mito de la violencia. Construcciones y manipulaciones.

La huelga general y el uso legítimo de la violencia en las movilizaciones sociales y obreras han recibido un tratamiento mediático que solo puede entenderse como propaganda reaccionaria.

La huelga general como herramienta de lucha bajo la consigna de “si paramos la producción y el consumo el sistema capitalista colapsa” es un concepto que por poco que se analice resulta obvio. Clara Campoamor escribió sobre *el mito de la huelga general*, para referirse a ella como una herramienta no siempre efectiva, o no tanto como se pensaba en la época. Ya más recientemente he encontrado textos en los que se planteaba la huelga general como un mito, un sueño utópico irrealizable. Darle a la huelga general el mismo nivel de fantasía que a los unicornios, a Zeus o a la Serpiente Emplumada, deja clara la intención de separar de la realidad palpable cualquier posibilidad de dañar al Capital. Y más siendo ahora el momento histórico en que a través de la mensajería instantánea se hace posible solventar el gran problema que las organizaciones tenían para coordinar sus luchas, como ha quedado demostrado con fenómenos como las Primaveras Árabes o el 15M.

Un fenómeno parecido ocurre con la violencia como manera de dar visibilidad y canalizar los sentimientos de frustración y descontento de una sociedad civil cada vez más acorralada por un sistema no solo injusto sino destructivo. Los medios generan un relato en el que la validez de la protesta violenta es condenada y no tiene ningún efecto, el sentido de la protesta queda eclipsada y aunque se consigan los fines de la movilización, como en el caso de las últimas protestas de astilleros, se construye el mito en torno al cual esas luchas no han tenido ningún peso. Pretenden crear esa opinión pública de rechazo de tales movilizaciones. Si los medios critican con tanta ferocidad cualquier atisbo de movilización violenta, eso podría significar que no es una herramienta deseada por los poderes. Por otro lado, si la policía tienen un protocolo de actuación, descrito en el Síndrome de Sherwood, generando ellos la violencia para deslegitimar ciertas protestas, significa a su vez que al sistema le conviene en ciertas ocasiones que la lucha tenga mala prensa y reventar así la protesta, en muchos casos pacífica, desde varios frentes, en las calles y en los medios. Por ello no toda protesta realmente requiere de la violencia hacia mobiliario urbano y antidisturbios, pero en otras es un camino inevitable para defender lugares y puestos de trabajo, evitando que los puestos sean ocupados por otros trabajadores en una huelga o para defenderse de una carga policial en los casos donde se aplica el sistema del Síndrome Sherwood.

Por aclarar posturas, en ningún caso una escalada de violencia hacia objetivos concretos que pongan en peligro la vida de nadie es deseable ni conduce a nada más allá de la autodestrucción. Solo es legítimo en contextos muy duros de pistoleroismo o guerra, y aun en esos casos, la capacidad de generar una fuerza comparable a la de un estado es nula y casi siempre contraproducente. Casos como Rojaba no son los que se están explicando en este artículo, pero convenía exponerlo.

No deja de resultar paradójico que cuando estamos más conectados globalmente estamos menos conectados socialmente, y nos afecta la indolencia y el pasotismo de una sociedad enferma terminal de capitalismo, pero el conocimiento es tremendamente fácil de compartir, y en algún momento la huelga general dejara de ser un mito para convertirse en una herramienta para desposeer a los poderosos de su poder, y crear una sociedad justa y pacífica. Porque incluso aunque los mitos no existan, no dejan de tener poder.

F

.